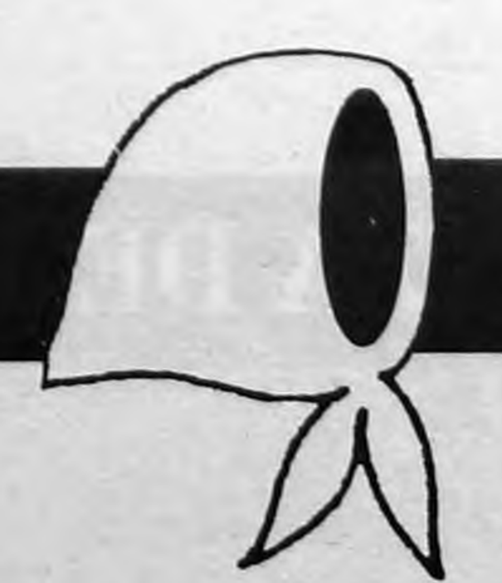


Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo



OSVALDO SAIDON

"Paradigma estético y pensamiento en la clínica"

Frecuentemente, las reflexiones acerca de las relaciones entre arte y locura han llevado a planteos simplistas que, con un estilo casi frívolo, no se compadecen con la angustia, el dolor o la depresión que aquejan a la existencia de los que padecen un sufrimiento mental.

Asimismo, con relación al papel de la "locura " en la sociedad, muchos discursos terminan, sin proponérselo necesariamente, favoreciendo un imaginario donde la anarquía, el caos, la espontaneidad y las buenas ondas serían suficientes para transformar este universo hostil en un mundo mejor.

Muchas de las llamadas tribus juveniles de nuestras ciudades y suburbios parecen participar de este tipo de ideología.

Construyen así una especie de refugio –en un cierto tipo de música, en el uso de ciertas drogas, en la práctica de un tipo de grafismo y en la defensa de un ocio radical– que comienza por ser una defensa contra un mundo que no los incluye, y que se acaba transformando en su único universo posible. Se trata de un tipo de invención de vida, pero en la mayoría de los casos, tan solo marcada por unos poco gestos en común, con una perspectiva estética única y una desolación y desilusión compartidas. Así vemos como el empobrecimiento material a que los arrastra cada vez más la desocupación y la desafiliación creciente se corresponde con un embrutecimiento y un vacío existencial creciente que se prolonga mucho más allá de lo que conocíamos como crisis de la adolescencia. Padres, educadores y terapeutas asisten hoy a esta experiencia sin tener otra respuesta que la represión, la irritación o la preocupación por el destino de estos jóvenes.

También en el interior de esos territorios existenciales se está debatiendo de algún modo las complejas relaciones que se van dando entre el arte, la locura y la sociedad.

El sentido que tiene volver sobre este tema es que nos ofrece un espacio de entendimiento para los modos de existencia o los estilos de vida que hoy podemos plantearnos. Hay una estética de la vida que diferentes pensadores la han planteado al enfocar la vida como una obra de arte.

La insistencia que el tema que nos ocupa presenta a través del tiempo y las manifestaciones extraordinarias que se han gestado en el campo del pensamiento y de la cultura a partir de este encuentro nos indican algunos sentidos para pensar la cuestión.

Sería necio soslayar estas expresiones en nombre de la seriedad, la severidad y la sensatez que tan buena prensa tienen, no sólo como atributos del "buen comportamiento", sino como resguardos de la "verdad científica".

Me interesa señalar que las relaciones entre arte y locura han nutrido dos conceptos presentes en toda práctica social, el de Utopía y el de paradigma estético. Me referiré sólo a este último. No sin antes señalar que las ideas utópicas, desde Tomas Moro, pasando por el "falansterio" de Fourier, como las más revolucionarias que se plantearon en la Comuna de París no sólo están presentes en el modo en que animan cierto imaginario social. Ellas también orientan de maneras más o menos perceptibles las ideas de salud, normalidad y temporalidad que subyacen en el trabajo clínico psicoterapéutico y psicoanalítico concreto.

El paradigma estético, al resituar el valor de los procesos creativos, inventivos e indeterminados en las diversas producciones, aporta una comprensión al lugar que estas ideas tienen en la producción de subjetividad.

El paradigma estético entonces, cuando opera como perspectiva al servicio del trabajo clínico, no puede soslayar el pensamiento que ha trabajado estas relaciones –el caso Artaud en el teatro, Van Gogh en la plástica, el caso Nietzsche en la filosofía, por citar los más reiterados en la literatura sobre el tema–.

Las tareas estéticas donde lo que motoriza la producción es esa mezcla de esfuerzo, disciplina, intuición creadora, racionalidad y azar, no son ajenas a la experiencia clínica.

Esta indeterminación de la que hablamos claro que nada tiene que ver con la locura como patología mental encerrada en los asilos, o atrapada en los chalecos químicos de la más antigua o más renovadora farmacología psiquiátrica.

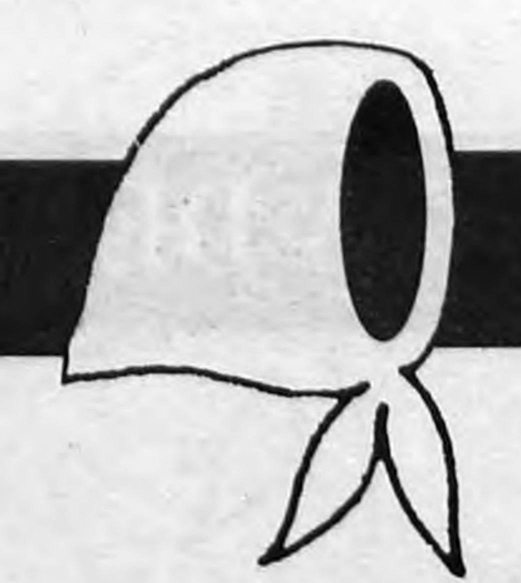
En general, la locura mental en la inmensa mayoría de las veces se nos presenta en cuerpos agotados, terminales ya saturados por el sufrimiento, la repetición al infinito de sus desvíos y la impronta de los tratamientos morales psicoterapéuticos y psiquiátricos.

En un artículo reciente Blas do Santos, al criticar varias de las ponencias presentadas sobre este tema en este mismo ámbito, advierte sobre cierto pensamiento que no puede suplir los problemas del conocimiento para realizar la transformación social y acaba desatendiendo el propio sufrimiento mental y nos dice textualmente: "Por eso, ver cómo los intelectuales, teniendo a su disposición bienes simbólicos colectivamente producidos, a la hora de responder con ellos a las demandas sociales concretas –la del padecimiento mental, por ejemplo– se ufanan de no estar para comprender, sino para transformar y, con esa excusa, divagan y derivan su inspiración en contextualizaciones tan pretenciosas como abstractas y faltas de operatividad para asistirlos concretamente –en su realidad de padecimiento mental y no como testaferros de las verdades de la estructura–, choca el sentido común de justicia y de solidaridad. Hablo de la perspectiva ideologizante de abordar la locura, poco menos que como envidiable virtud, restringida a una funcionalidad subversiva, artística, poética y crítica, pero indiferente a los sufrimientos y las irrealizaciones existenciales de quienes la padecen y que reclaman abordajes teóricos y técnicos que los elogios no pueden suplir".

Pero así como no se trata de exaltar el elogio a la locura, también deberíamos estar atentos a no terminar haciendo una especie de elogio a la prepotencia de lo simbólico donde se cuelan las buenas intenciones de las racionalizaciones cientificistas.

Ya hemos visto cómo los buenos sentimientos, la necesidad de contención social (un nuevo eufemismo para hablar del control), los renovados ideales humanitarios de la psiquiatría médica son los argumentos que dan sustento a la permanencia de asilos y manicomios vergonzantes que todavía hoy persisten en nuestra ciudad.

El paradigma estético me es útil hoy por ejemplo para replantear una cuestión que ya planteaban Deleuze y Guattari en el *Antiedipo*, allí por los años 70, donde proponían la necesidad de diferenciar en el funcionamiento social entre la esquizoidia y la paranoia, antes de que ella cristalice en la esquizofrenia paranoide, o en la locura tal como



"P
e
pe
en
OSV

la maquinaria psiquiátrica la concibe.

La paranoia en los procesos sociales sería una especie de máquina de captura, un instituido feroz que no deja escapar nada a su control, a través de la ritualización y reglamentación de todo movimiento. Sería la construcción de un panóptico mental, que ha sido maravillosamente desarrollado y operativizado por la tecnología –que lo ha puesto al servicio de la sociedad de control–.

Hoy si la tecnología informática y la biotecnología están al servicio de la sociedad de control y de la manipulación de los grupos puestos en riesgo, no es porque éste sea necesariamente su destino. Es porque hay una máquina abstracta paranoica, totalizadora, una especie de agujero negro que en su proceso de totalización captura toda singularidad procesándola como información, con la intención de poder controlar hasta nuestra intimidad.

"En la actualidad, la inmovilidad, la apatía y la desesperanza social han reconstituido a nivel micro estos espacios paranoicos que antes eran visualizados en la Iglesia, el Estado o el ejército."

En este sentido pensamos que, más que nunca, continúa vigente en la clínica con pacientes y con instituciones un trabajo que vaya desarmando el aguijón del poder que en el interior de los cuerpos manifiesta la hegemonía de la sociedad de control.

Se trata de ir flexibilizando las líneas duras, las líneas paranoicas, que en su captura de las diferencias inhiben los procesos creativos. Así entendemos el trabajo psicoanalítico en cuanto la promoción y el cuidado de un inconsciente productivo, y no simplemente una prótesis que se suma a la diversidad de técnicas que sostienen acríticamente un soportable malestar.

Esto no se realiza simplemente con una interpretación o con una escansión. En la mayoría de los casos se trata de intervenciones que posibiliten la emergencia de acontecimientos que transcurren a lo largo de una historia, y la construcción y la desconstrucción reflexiva de las organizaciones por las que transcurrimos.

En la actualidad, la inmovilidad, la apatía y la desesperanza social han reconstituido a nivel micro estos espacios paranoicos que antes eran visualizados en la Iglesia, el Estado o el ejército. Lo han hecho en pequeñas sectas, en grupúsculos, en tribus llenas de certezas y de líneas duras de pensamiento. Incluso en nombre de nuevas libertades, de búsquedas experimentales se reconstituyen con más ferocidad y a nivel micro las inquietantes relaciones autoritarias que estaban presentes en los grandes conjuntos.

Por eso no se trata de alegremente proponer a los pacientes o a las instituciones una vida de desarraigo y marginalidad libertaria para zafar de la dominación y de los ajustes a que los someten las relaciones simbólicas y económicas vigentes.

La demolición a que nos conduce esta posición es justamente el peligro central que debemos enfrentar en la clínica de hoy.

En el campo clínico deberíamos encontrar a través de nuestras intervenciones el modo de traspasar las relaciones entre poderes y saber resistir, huir, hacer que la vida y la muerte entren en un tipo de relación de fuerzas que se puedan volver contra el poder.

Desde un paradigma estético, entonces, no se trata más de las reglas coercitivas que sostienen el poder, ni de las formas predeterminadas como en el saber. Se trata en todo caso de reglas facultativas que producen la existencia como obra de arte, reglas éticas y estéticas que constituyen modos de existencia o estilos de vida.

Es lo que Nietzsche mencionaba como la operación artista de la voluntad de potencia, la invención de nuevas posibilidades de vida. Un proceso de singularización entonces es un modo de existencia y no se debe confundir con un retorno al individuo ni al sujeto.

La pregunta insiste: ¿Será que tenemos maneras de constituirnos suficientemente artistas, más allá del poder y el saber?

El tema de la locura se lo ha vinculado a los diversos modos de la producción artística a causa de las diversas relaciones que se intercambian entre ellas. Por otra parte, la polisemia de la palabra locura viene de lejos y ella remite tanto a una perspectiva luminosa y expansiva como a una significación ligada a la enfermedad y la exclusión.Ya los griegos hablaban de diferentes locuras, la locura como perturbación de los humores y las locuras divinas, por otro lado. Las locuras divinas eran de diferentes tipos: apolínea, dionisíaca, nemósica, y por último la locura filosófica.

Las locuras divinas representaban para ellos diversos modos de articularse con la verdad.

La apolínea nos hablaba de cómo debía ser el futuro, la nemosine (la memoria) se refería a la práctica de los poetas que narraban el pasado para orientar el presente, y la dionisíaca, por último, que nos revelaba en su intensidad el presente espeso y escondido. Después vino la locura filosófica, la especulativa, la fuerza del enunciado, la que al fundar el individuo creó las condiciones para establecer la relación entre poder y saber. El propio pensamiento sobre el inconsciente se identificó con esta locura filosófica, tanto en el psicoanálisis como en cierta literatura al establecer esta relación entre saber y poder a través de postulados y enunciados prefijados, como la universalización del complejo de Edipo, o la prepotencia de lo simbólico.

Hoy la locura como producto es ligada a la salud mental, pero como proceso de producción nos remite eso sí a una serie de características que se relacionan con el propio proceso de producción de la obra artística. Aquí quisiera señalar que la obra de arte en cuanto proceso comparte con la locura, entre otras cuestiones, la potencia de la experimentación, de lo intempestivo, de la fantasía y de la creatividad.

Estas características se expresan en un tratamiento de la materia y de los cuerpos que se implican en cambios de ritmo, en cambio de velocidades, en devenires que nos llevan a un espacio de producción de novedad de sentidos. Son los intentos de habitar el desierto que concluyen muchas veces en una obra o en un síntoma y una repetición desesperada al infinito. En una falta de obra y en la desesperación de la locura o en un descubrimiento, en un ritornello, en dos notas que se quieren como decía Mozart.

Deleuze, cuando defendía la superioridad de la literatura norteamericana, lo hacía para destacar la presencia del cuerpo y de la propia existencia del autor en su narrativa.

Artaud, el representante quizás más radical de la implicación del cuerpo en la escritura, estaba enfermo. En sus últimos días abandona su cuaderno de notas y quiere guardar los gestos que lo acompañaban para que la muerte no lo tomara por sorpresa. Antes de morir, dice: "Quiero hacer palotes, mi mano no puede dejar de escribir", toma el cuaderno, marca con el grafito. Materia prima para la construcción gráfica de la letra, trazo que nos deja mudos. Marca el silencio. Su escritura es acción y no una referencia a la acción. El elemento de escritura recobra el sentido de un arma. Walsh decía algo parecido con las máquinas Remington que llevaban el mismo nombre que un revólver. "El aire está cargado de golpes de lápices, de golpes de lápices como golpes de cuchillo."

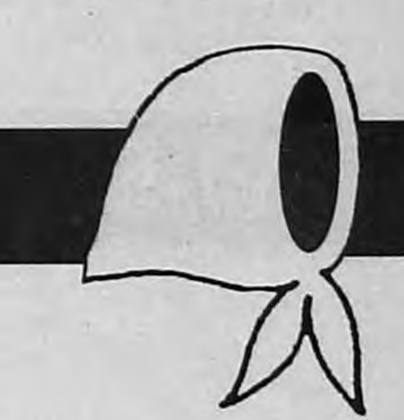
"Walsh decía algo parecido con las máquinas Remington que llevaban el mismo nombre que un revólver. 'El aire está cargado de golpes de lápices, de golpes de lápices como golpes de cuchillo.'"

El poeta es aquí el hacedor, el que agranda el mundo de los sentidos al producir escritura. No como registro del pasado sino como generador del presente que intenta violentar.

André Breton dice: "En Artaud cobra valor el acto de la escritura más que el producto escrito. No es un arma guardada que rememora los disparos sino un hacer violento en los cuales la escritura agrede la malicia y espanta los oropeles. Escritura a salvas, disparo con los cartuchos de la otra cartuchera, la que reúne tintas y grafitos, puntas afiladas y plumas".

Octavio Paz también señalaba la acción y el proceso en el acto de escribir cuando decía que la poesía no es una experiencia que luego traducen las palabras sino que las palabras mismas constituyen el núcleo de la experiencia. Y citando a Valéry, decía: "Interesa más el acto que el resultado del acto, el mecanismo más que el producto" Estas ideas son las que nos habilitan a hablar en nuestro campo de un paradigma estético, que al poner el énfasis en la expresión, en la creatividad (el acto de crear) como constitutivo de los más diversos territorios existenciales, nos previenen para los conceptos preformados en los más variados campos. Esto vale tanto para el campo de la vida cotidiana, del político, como para la propia práctica psicoterapéutica cuando a partir de ciertos postulados generales encierran la singularidad y la producción inconsciente en conceptos como universalización del Edipo, o prepotencia de lo simbólico.

Así un paradigma estético nos permite revisar esa idea botánica de la historia que un cierto paradigma científico nos induce a pensarla como predeterminada, y por lo tanto terminada cuando define



"Paradigma estético y pensamiento en la clínica"

OSVALDO SAIDON

▶ la maquinaria psiquiátrica la concibe.

La paranoia en los procesos sociales sería una especie de máquina de captura, un instituido feroz que no deja escapar nada a su control, a través de la ritualización y reglamentación de todo movimiento. Sería la construcción de un panóptico mental, que ha sido maravillosamente desarrollado y operativizado por la tecnología –que lo ha puesto al servicio de la sociedad de control–.

Hoy si la tecnología informática y la biotecnología están al servicio de la sociedad de control y de la manipulación de los grupos puestos en riesgo, no es porque éste sea necesariamente su destino. Es porque hay una máquina abstracta paranoica, totalizadora, una especie de agujero negro que en su proceso

> *"En la actualidad, la inmovilidad, la apatía y la desesperanza social han reconstituido a nivel micro estos espacios paranoicos que antes eran visualizados en la Iglesia, el Estado o el ejército."*

de totalización captura toda singularidad procesándola como información, con la intención de poder controlar hasta nuestra intimidad.

En este sentido pensamos que, más que nunca, continúa vigente en la clínica con pacientes y con instituciones un trabajo que vaya desarmando el aguijón del poder que en el interior de los cuerpos manifiesta la hegemonía de la sociedad de control.

Se trata de ir flexibilizando las líneas duras, las líneas paranoicas, que en su captura de las diferencias inhiben los procesos creativos. Así entendemos el trabajo psicoanalítico en cuanto la promoción y el cuidado de un inconsciente productivo, y no simplemente una prótesis que se suma a la diversidad de técnicas que sostienen acríticamente un soportable malestar.

Esto no se realiza simplemente con una interpretación o con una escansión. En la mayoría de los casos se trata de intervenciones que posibiliten la emergencia de acontecimientos que transcurren a lo largo de una historia, y la construcción y la desconstrucción reflexiva de las organizaciones por las que transcurrimos.

En la actualidad, la inmovilidad, la apatía y la desesperanza social han reconstituido a nivel micro estos espacios paranoicos que antes eran visualizados en la Iglesia, el Estado o el ejército. Lo han hecho en pequeñas sectas, en grupúsculos, en tribus llenas de certezas y de líneas duras de pensamiento. Incluso en nombre de nuevas libertades, de búsquedas experimentales se reconstituyen con más ferocidad y a nivel micro las inquietantes relaciones autoritarias que estaban presentes en los grandes conjuntos.

Por eso no se trata de alegremente proponer a los pacientes o a las instituciones una vida de desarraigo y marginalidad libertaria para zafar de la dominación y de los ajustes a que los someten las relaciones simbólicas y económicas vigentes.

La demolición a que nos conduce esta posición es justamente el peligro central que debemos enfrentar en la clínica de hoy.

En el campo clínico deberíamos encontrar a través de nuestras intervenciones el modo de traspasar las relaciones entre poderes y saber resistir, huir, hacer que la vida y la muerte entren en un tipo de relación de fuerzas que se puedan volver contra el poder.

Desde un paradigma estético, entonces, no se trata más de las reglas coercitivas que sostienen el poder, ni de las formas predeterminadas como en el saber. Se trata en todo caso de reglas facultativas que producen la existencia como obra de arte, reglas éticas y estéticas que constituyen modos de existencia o estilos de vida.

Es lo que Nietzsche mencionaba como la operación artista de la voluntad de potencia, la invención de nuevas posibilidades de vida. Un proceso de singularización entonces es un modo de existencia y no se debe confundir con un retorno al individuo ni al sujeto.

La pregunta insiste: ¿Será que tenemos maneras de constituirnos suficientemente artistas, más allá del poder y el saber?

El tema de la locura se lo ha vinculado a los diversos modos de la producción artística a causa de las diversas relaciones que se intercambian entre ellas. Por otra parte, la polisemia de la palabra locura viene de lejos y ella remite tanto a una perspectiva luminosa y expansiva como a una significación ligada a la enfermedad y la exclusión. Ya los griegos hablaban de diferentes locuras, la locura como perturbación de los humores y las locuras divinas, por otro lado. Las locuras divinas eran de diferentes tipos: apolínea, dionisíaca, nemósica, y por último la locura filosófica.

Las locuras divinas representaban para ellos diversos modos de articularse con la verdad.

La apolínea nos hablaba de cómo debía ser el futuro, la nemosine (la memoria) se refería a la práctica de los poetas que narraban el pasado para orientar el presente, y la dionisíaca, por último, que nos revelaba en su intensidad el presente espeso y escondido. Después vino la locura filosófica, la especulativa, la fuerza del enunciado, la que al fundar el individuo creó las condiciones para establecer la relación entre poder y saber. El propio pensamiento sobre el inconsciente se identificó con esta locura filosófica, tanto en el psicoanálisis como en cierta literatura al establecer esta relación entre saber y poder a través de postulados y enunciados prefijados, como la universalización del complejo de Edipo, o la prepotencia de lo simbólico.

Hoy la locura como producto es ligada a la salud mental, pero como proceso de producción nos remite eso sí a una serie de características que se relacionan con el propio proceso de producción de la obra artística. Aquí quisiera señalar que la obra de arte en cuanto proceso comparte con la locura, entre otras cuestiones, la potencia de la experimentación, de lo intempestivo, de la fantasía y de la creatividad.

Estas características se expresan en un tratamiento de la materia y de los cuerpos que se implican en cambios de ritmo, en cambio de velocidades, en devenires que nos llevan a un espacio de producción de novedad de sentidos. Son los intentos de habitar el desierto que concluyen muchas veces en una obra o en un síntoma y una repetición desesperada al infinito. En una falta de obra y en la desesperación de la locura o en un descubrimiento, en un ritornello, en dos notas que se quieren como decía Mozart.

Deleuze, cuando defendía la superioridad de la literatura norteamericana, lo hacía para destacar la presencia del cuerpo y de la propia existencia del autor en su narrativa.

Artaud, el representante quizás más radical de la implicación del cuerpo en la escritura, estaba enfermo. En sus últimos días abandona su cuaderno de notas y quiere guardar los gestos que lo acompañaban para que la muerte no lo tomara por sorpresa. Antes de morir, dice: "Quiero hacer palotes, mi mano no puede dejar de escribir", toma el cuaderno, marca con el grafito. Materia prima para la construcción gráfica de la letra, trazo que nos deja mudos. Marca el silencio. Su escritura es acción y no una referencia a la acción. El elemento de escritura recobra el sentido de un arma. Walsh decía algo parecido con las máquinas Remington que llevaban el mismo nombre que un revólver. "El aire está cargado de golpes de lápices, de golpes de lápices como golpes de cuchillo."

> *"Walsh decía algo parecido con las máquinas Remington que llevaban el mismo nombre que un revólver. 'El aire está cargado de golpes de lápices, de golpes de lápices como golpes de cuchillo.'"*

El poeta es aquí el hacedor, el que agranda el mundo de los sentidos al producir escritura. No como registro del pasado sino como generador del presente que intenta violentar.

André Breton dice: "En Artaud cobra valor el acto de la escritura más que el producto escrito. No es un arma guardada que rememora los disparos sino un hacer violento en los cuales la escritura agrede la malicia y espanta los oropeles. Escritura a salvas, disparo con los cartuchos de la otra cartuchera, la que reúne tintas y grafitos, puntas afiladas y plumas".

Octavio Paz también señalaba la acción y el proceso en el acto de escribir cuando decía que la poesía no es una experiencia que luego traducen las palabras sino que las palabras mismas constituyen el núcleo de la experiencia. Y citando a Valéry, decía: "Interesa más el acto que el resultado del acto, el mecanismo más que el producto" Estas ideas son lasque nos habilitan a hablar en nuestro campo de un paradigma estético, que al poner el énfasis en la expresión, en la creatividad (el acto de crear) como constitutivo de los más diversos territorios existenciales, nos previenen para los conceptos preformados en los más variados campos. Esto vale tanto para el campo de la vida cotidiana, del político, como para la propia práctica psicoterapéutica cuando a partir de ciertos postulados generales encierran la singularidad y la producción inconsciente en conceptos como universalización del Edipo, o prepotencia de lo simbólico.

Así un paradigma estético nos permite revisar esa idea botánica de la historia que un cierto paradigma científico nos induce a pensarla como predeterminada, y por lo tanto terminada cuando define al acontecer histórico como latencia prefigurada que debe adquirir la forma esperado por la evolución de la sociedad. Así quiere hacer pasar por inadvertidas las fuerzas intempestivas, las sorpresas, las invenciones, las experimentaciones en el acontecer. Así la locura al incluir el afuera, al sacar al sujeto de sí, al expandir y expresar el mundo nos ilustra para un modo de conocimiento del mismo modo que lo hace cierta perspectiva artística.

"Es prestando su cuerpo al mundo que el pintor cambia su mundo en pintura", decía Merleau Ponty.

> *"La potencia del acontecimiento interesa en cuanto es justamente aquello que nos aproxima a estar atentos a lo intempestivo, a salir de una cronología lineal de los sucesos."*

Una de las características de la actual globalización en este sentido es que como antes con las religiones universales, otra vez nos roban el mundo para pensar y pensarnos.

Pero el paradigma estético es una pragmática donde el lector y el poeta se crean al crear. Es un proceso inmanente y es en el propio acontecimiento donde se expresa y se inventa lo nuevo.

La poesía no está afuera en el poema ni adentro en nosotros, sino que es algo que hacemos y a su vez nos hace.

La experiencia de la locura, particularmente esa locura griega dionisíaca que alargaba el presente, que se desorganizaba en rituales para habitar intensamente el acontecimiento, está llena de ilustraciones, para entender el proceso del arte y la locura.

La locura dionisíaca nos lleva al riesgo de pensar la existencia y la propia vida fuera del binomio temporal –atemporal, histórico– eterno, para crear un tiempo más profundo. Se trata de un tiempo turbulento, un tiempo heterogéneo, un tiempo plisado, un tiempo intempestivo.

La potencia del acontecimiento interesa en cuanto es justamente aquello que nos aproxima a estar atentos a lo intempestivo, a salir de una cronología lineal de los sucesos.

El optimismo filosófico que podemos profesar con relación a estos conceptos se sustenta en esta noción de tiempo aiónico, turbulento, imprevisible cuando nos permiten vislumbrar que acabarán los tiempos secos, que acabará esta especie de separación del mundo en que nos sentimos

La historia y el tiempo de ninguna manera marchan en un sentido lineal, no marchan ni de atrás para adelante ni de adelante para atrás, sino que marchan a través de situaciones intempestivas, de devenires, de caos, de turbulencias que acontecerán y que seguramente comportarán también una potencialidad creadora.

Este modo de pensar va a anclarse necesariamente en un paradigma estético ya que, al corrernos de la problemática acerca de la universalidad y de la eternidad de las esencias, lo que aparece es la problemática de la creación. El problema es lo que nos pasa sin que todavía esté pasando, la capacidad de decir algo radicalmente novedoso, heterogéneo, que no se corresponde con lo que somos. Este procedimiento en término del análisis de la subjetividad es lo que se llama análisis del devenir. Los conceptos, entonces, se encuentran en este paradigma estético, que no se reserva una autoridad crítica ante el acontecimiento (sea ésta obra de arte, proceso colectivo o cuadro psicopatológico) sino que propone instrumentos para un proceso inventivo, creacionista, que autoriza la creación de nuevas nociones. Esto nos lleva a considerar a la clínica y a la crítica como un mismo proceso de trabajo.

El complejo de Edipo, la castración, la metáfora paterna, el estadio del espejo, son invenciones del pensamiento que nos sirven de operadores en un determinado dispositivo pero que al elevarlos al nivel de verdades consagradas y universales para explicar toda la heterogeneidad del existir, del enfermar y del transformar derivan en una herramienta de disciplinamiento, opuesta al propio objetivo del procedimiento psicoanalítico de posibilitar la producción inconsciente.

En el trabajo con grupos, la heterogeneidad, la diversidad, la multiplicidad, en fin todas las cuestiones que nos impiden la totalización, la reducción al Uno, la centralización, precisan de un pensamiento consistente, donde lo fragmentario no necesariamente sea percibido como insuficiencia, sino como momento de paso para nuevas expansiones del sentido.

Así como el psicoanálisis y su método guían gran parte de nuestra lectura de producción de subjetividad en las situaciones clínicas, la psicología social pichoniana se ha incorporado como una perspectiva de lectura dominante en lo que respecta al entendimiento de la dinámica de los grupos, a través del ECRO (Esquema Conceptual Referencial Operativo).

Cuando proponemos esta perspectiva es justamente para incorporar en el propio acto analítico, o en la coordinación de grupos, una actitud que valore la potencia del acontecimiento, de lo intempestivo y de la singularidad. Esto obliga a una posición donde los encuadres, las interpretaciones, las intervenciones y los proyectos terapéuticos o institucionales estén sometidos también a estas mismas condiciones.

Así como Artaud no quería un actor con un cuerpo que represente, o por lo menos no todo el tiempo, no deberíamos producir un terapeuta que represente al psicoanálisis ni un coordinador que represente al ECRO, sino una producción de cuerpo sin órganos capaz de potenciarse por lo que acontece y de profundizar en el vacío y en el lleno de toda significación.

> *"He tenido oportunidad de ver como muchos de los pacientes que hoy tienen entre 35 y 40 años han desplegado una gran energía psíquica al servicio de la evitación y de la negación de la realidad vivida en los años de la dictadura."*

Retomemos la segunda locura, la de la memoria para pensar algunas de las cuestiones que hoy habitan nuestra subjetividad

Para muchos hoy la difícil pero necesaria imbricación entre el olvido y la memoria se resuelve optando por una de las partes y así intentan poder parar de pensar en el tiempo, transformándose en una víctima del mismo.

Son de los que se escuchan frases tales como: "la vida continúa. Recordar nos paraliza, Terminemos con un pasado que nos resiente, porqué comenzar a dar otra vuelta cuando las heridas ya iban cicatrizando. Ocupémonos del presente".

Esta perspectiva, en realidad, nos fragiliza porque nos deja inermes y a merced de lo intempestivo, de los vuelcos de la historia y del acontecimiento, de la crueldad o de la transformación. Aplasta el imaginario a un lugar demasiado estrecho, el de lo posible. Sin invención, sin un imaginario radical, sin una potencia sobre el acontecimiento el pensamiento se va reduciendo cada vez más.

Sabemos que la perturbación psíquica se produce cuando dejamos de percibir que el futuro podrá restaurar algunas de las injusticias que se realizan en el presente. Se instala un tiempo melancólico de la igualdad permanente y de la repetición al infinito.

Lo intempestivo ha sido transformado en accidente a través del ejercicio de la crueldad y la brutalidad en los modos que se ejerció la represión (asesinatos, robos, desaparición, secuestro de niños). La ruptura de una secuencia vital, hizo que lo intempestivo, el de repente, sea vivido con un temor creciente como un estar a merced de lo súbito y lo inesperado en cualquier momento, descalificando el acontecimiento y reclamando cada vez más seguridad y estabilidad para una vida cada vez más frágil, vulnerable y aislada.

Así el efecto que tiene la violación de los derechos humanos en nuestra región y la imposibilidad de castigarlos por la construcción de una desmentida constante es una producción de terror encarnada. El pánico es vivido como un terror ante lo desconocido, la aventura, o la incertidumbre.

El terror que se ha inoculado se expresa en muchos casos en una parálisis del pensamiento. Así vemos desfilar esas personalidades que cargan un cuerpo que no se arriesga para el gozo, y un pensamiento que no se arriesga para la creación.

Estoy convencido de que la potencia de la Madres de la Plaza emerge de que corrieron más de un riesgo, que unieron el deseo al coraje.

Me he encontrado en alguna oportunidad escuchando de algún paciente la necesidad de enfrentar los riesgos como un modo de reponer, o restaurar un placer por la incertidumbre del acontecimiento, que de lo contrario sólo se nos aparece como maligno y amenazante.

Los medios de comunicación, hasta por su afán de espectacularidad, aparecen en general más atentos al sufrimiento y al dolor que los profesionales de la salud que en muchos casos poseen demasiadas justificaciones explicativas acabando por entibiar o amortizar la potencia de los conflictos.

La práctica analítica fue perdiendo en coraje en su intento de comprender, y cada vez se arriesga menos reproduciendo en ese sentido un funcionamiento social intimatorio y prescindente ante los nuevos desafíos que se nos presentan.

He tenido oportunidad de ver como muchos de los pacientes que hoy tienen entre 35 y 40 años han desplegado una gran energía psíquica al servicio de la evitación y de la negación de la realidad vivida en los años de plomo de la dictadura.

Al aproximarse hoy al horror vivido creen poder hacerlo desencarnados, lo piensan como un tema de análisis distante y solamente cristalizado en sus consecuencias, en las víctimas directas de la represión.

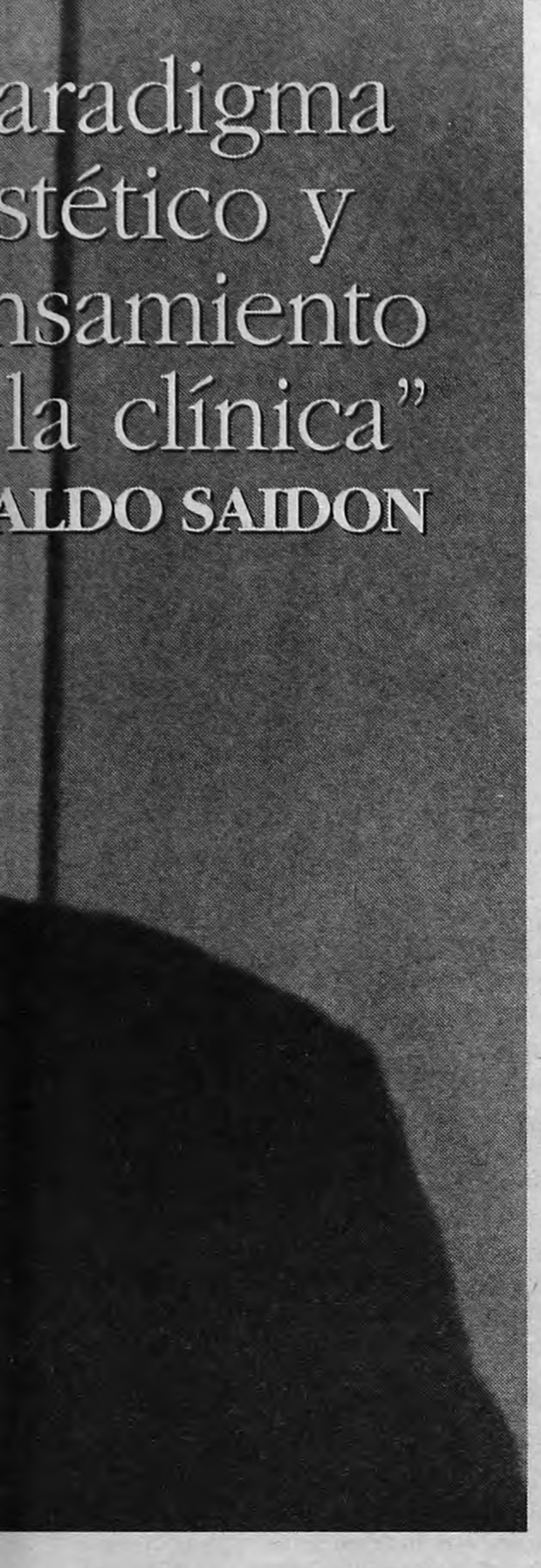
Muchas veces por otro lado vemos cómo el conflicto entre memoria y olvido está presente en las propias víctimas, y sentimos un pudor de recordar los acontecimientos porque los mismos se nos aparecen inelaborables en el límite del proceso analítico.

Está resurgiendo en este momento ante la desilusión que podían provocar estos procesos de ejercicio de la crueldad y denegación un nuevo deseo de saber. Una revalorización ética y estética de la lucha contra el desconocimiento. Se vuelve a juzgar a los militares y ahora por lo que ocultaron y porque se ocultaron detrás de una legalidad cómplice.

Existe una renovada búsqueda ahora de parte de los hijos para conocer quiénes eran sus verdaderos padres. Los hijos son ahora los que siguen pensando e inventando nuevos modos de hacer posible la existencia sin el horror que comporta vivir en la desilusión para siempre como proponen los desencantados del posmodernismo autóctono que ▶

...aradigma ...stético y ...nsamiento ...la clínica"

...ALDO SAIDON



al acontecer histórico como latencia prefigurada que debe adquirir la forma esperado por la evolución de la sociedad. Así quiere hacer pasar por inadvertidas las fuerzas intempestivas, las sorpresas, las invenciones, las experimentaciones en el acontecer. Así la locura al incluir el afuera, al sacar al sujeto de sí, al expandir y expresar el mundo nos ilustra para un modo de conocimiento del mismo modo que lo hace cierta perspectiva artística.

"Es prestando su cuerpo al mundo que

> *"La potencia del acontecimiento interesa en cuanto es justamente aquello que nos aproxima a estar atentos a lo intempestivo, a salir de una cronología lineal de los sucesos."*

el pintor cambia su mundo en pintura", decía Merleau Ponty.

Una de las características de la actual globalización en este sentido es que como antes con las religiones universales, otra vez nos roban el mundo para pensar y pensarnos.

Pero el paradigma estético es una pragmática donde el lector y el poeta se crean al crear. Es un proceso inmanente y es en el propio acontecimiento donde se expresa y se inventa lo nuevo.

La poesía no está afuera en el poema ni adentro en nosotros, sino que es algo que hacemos y a su vez nos hace.

La experiencia de la locura, particularmente esa locura griega dionisíaca que alargaba el presente, que se desorganizaba en rituales para habitar intensamente el acontecimiento, está llena de ilustraciones, para entender el proceso del arte y la locura.

La locura dionisíaca nos lleva al riesgo de pensar la existencia y la propia vida fuera del binomio temporal –atemporal, histórico– eterno, para crear un tiempo más profundo. Se trata de un tiempo turbulento, un tiempo heterogéneo, un tiempo plisado, un tiempo intempestivo.

La potencia del acontecimiento interesa en cuanto es justamente aquello que nos aproxima a estar atentos a lo intempestivo, a salir de una cronología lineal de los sucesos.

El optimismo filosófico que podemos profesar con relación a estos conceptos se sustenta en esta noción de tiempo aiónico, turbulento, imprevisible cuando nos permiten vislumbrar que acabarán los tiempos secos, que acabará esta especie de separación del mundo en que nos sentimos

La historia y el tiempo de ninguna manera marchan en un sentido lineal, no marchan ni de atrás para adelante ni de adelante para atrás, sino que marchan a través de situaciones intempestivas, de devenires, de caos, de turbulencias que acontecerán y que seguramente comportarán también una potencialidad creadora.

Este modo de pensar va a anclarse necesariamente en un paradigma estético ya que, al correrse de la problemática acerca de la universalidad y de la eternidad de las esencias, lo que aparece es la problemática de la creación. El problema es lo que nos pasa sin que todavía esté pasando, la capacidad de decir algo radicalmente novedoso, heterogéneo, que no se corresponde con lo que somos. Este procedimiento en término del análisis de la subjetividad es lo que se llama análisis del devenir. Los conceptos, entonces, se encuentran en este paradigma estético, que no se reserva una autoridad crítica ante el acontecimiento (sea ésta obra de arte, proceso colectivo o cuadro psicopatológico) sino que propone instrumentos para un proceso inventivo, creacionista, que autoriza la creación de nuevas nociones. Esto nos lleva a considerar a la clínica y a la crítica como un mismo proceso de trabajo.

El complejo de Edipo, la castración, la metáfora paterna, el estadio del espejo, son invenciones del pensamiento que nos sirven de operadores en un determinado dispositivo pero que al elevarlos al nivel de verdades consagradas y universales para explicar toda la heterogeneidad del existir, del enfermar y del transformar derivan en una herramienta de disciplinamiento, opuesta al propio objetivo del procedimiento psicoanalítico de posibilitar la producción inconsciente.

En el trabajo con grupos, la heterogeneidad, la diversidad, la multiplicidad, en fin todas las cuestiones que nos impiden la totalización, la reducción al Uno, la centralización, precisan de un pensamiento consistente, donde lo fragmentario no necesariamente sea percibido como insuficiencia, sino como momento de paso para nuevas expansiones del sentido.

Así como el psicoanálisis y su método guían gran parte de nuestra lectura de producción de subjetividad en las situaciones clínicas, la psicología social pichoniana se ha incorporado como una perspectiva de lectura dominante en lo que respecta al entendimiento de la dinámica de los grupos, a través del ECRO (Esquema Conceptual Referencial Operativo).

Cuando proponemos esta perspectiva es justamente para incorporar en el propio acto analítico, o en la coordinación de grupos, una actitud que valore la potencia del acontecimiento, de lo intempestivo y de la singularidad. Esto obliga a una posición donde los encuadres, las interpretaciones, las intervenciones y los proyectos terapéuticos o institucionales estén sometidos también a estas mismas condiciones.

Así como Artaud no quería un actor con un cuerpo que represente, o por lo menos no todo el tiempo, no deberíamos producir un terapeuta que represen-

> *"He tenido oportunidad de ver como muchos de los pacientes que hoy tienen entre 35 y 40 años han desplegado una gran energía psíquica al servicio de la evitación y de la negación de la realidad vivida en los años de la dictadura."*

te al psicoanálisis ni un coordinador que represente al ECRO, sino una producción de cuerpo sin órganos capaz de potenciarse por lo que acontece y de profundizar en el vacío y en el lleno de toda significación.

Retomemos la segunda locura, la de la memoria para pensar algunas de las cuestiones que hoy habitan nuestra subjetividad

Para muchos hoy la difícil pero necesaria imbricación entre el olvido y la memoria se resuelve optando por una de las partes y así intentan poder parar de pensar en el tiempo, transformándose en una víctima del mismo.

Son de los que se escuchan frases tales como: "la vida continúa. Recordar nos paraliza, Terminemos con un pasado que nos resiente, porqué comenzar a dar otra vuelta cuando las heridas ya iban cicatrizando. Ocupémonos del presente".

Esta perspectiva, en realidad, nos fragiliza porque nos deja inermes y a merced de lo intempestivo, de los vuelcos de la historia y del acontecimiento, de la crueldad o de la transformación. Aplasta el imaginario a un lugar demasiado estrecho, el de lo posible. Sin invención, sin un imaginario radical, sin una potencia sobre el acontecimiento el pensamiento se va reduciendo cada vez más.

Sabemos que la perturbación psíquica se produce cuando dejamos de percibir que el futuro podrá restaurar algunas de las injusticias que se realizan en el presente. Se instala un tiempo melancólico de la igualdad permanente y de la repetición al infinito.

Lo intempestivo ha sido transformado en accidente a través del ejercicio de la crueldad y la brutalidad en los modos que se ejerció la represión (asesinatos, robos, desaparición, secuestro de niños). La ruptura de una secuencia vital, hizo que lo intempestivo, el de repente, sea vivido con un temor creciente como un estar a merced de lo súbito y lo inesperado en cualquier momento, descalificando el acontecimiento y reclamando cada vez más seguridad y estabilidad para una vida cada vez más frágil, vulnerable y aislada.

Así el efecto que tiene la violación de los derechos humanos en nuestra región y la imposibilidad de castigarlos por la construcción de una desmentida constante es una producción de terror encarnada. El pánico es vivido como un terror ante lo desconocido, la aventura, o la incertidumbre.

El terror que se ha inoculado se expresa en muchos casos en una parálisis del pensamiento. Así vemos desfilar esas personalidades que cargan un cuerpo que no se arriesga para el, gozo, y un pensamiento que no se arriesga para la creación.

Estoy convencido de que la potencia de la Madres de la Plaza emerge de que corrieron más de un riesgo, que unieron el deseo al coraje.

Me he encontrado en alguna oportunidad escuchando de algún paciente la necesidad de enfrentar los riesgos como un modo de reponer, o restaurar un placer por la incertidumbre del acontecimiento, que de lo contrario sólo se nos aparece como maligno y amenazante.

Los medios de comunicación, hasta por su afán de espectacularidad, aparecen en general más atentos al sufrimiento y al dolor que los profesionales de la salud que en muchos casos poseen demasiadas justificaciones explicativas acabando por entibiar o amortizar la potencia de los conflictos.

La práctica analítica fue perdiendo en coraje en su intento de comprender, y cada vez se arriesga menos reproduciendo en ese sentido un funcionamiento social intimatorio y prescindente ante los nuevos desafíos que se nos presentan.

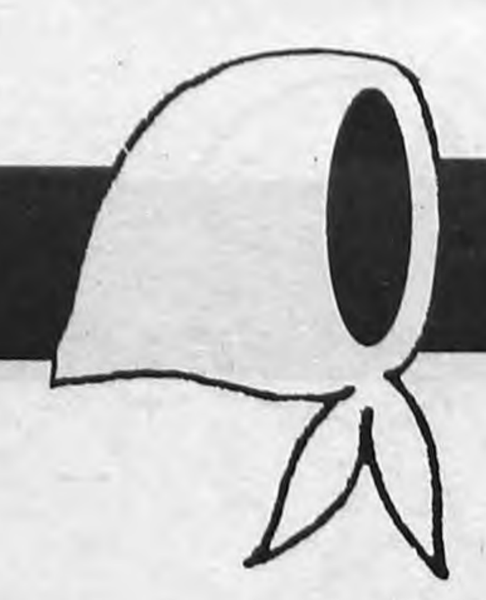
He tenido oportunidad de ver como muchos de los pacientes que hoy tienen entre 35 y 40 años han desplegado una gran energía psíquica al servicio de la evitación y de la negación de la realidad vivida en los años de plomo de la dictadura.

Al aproximarse hoy al horror vivido creen poder hacerlo desencarnados, lo piensan como un tema de análisis distante y solamente cristalizado en sus consecuencias, en las víctimas directas de la represión.

Muchas veces por otro lado vemos cómo el conflicto entre memoria y olvido está presente en las propias víctimas, y sentimos un pudor de recordar los acontecimientos porque los mismos se nos aparecen inelaborables en el límite del proceso analítico.

Está resurgiendo en este momento ante la desilusión que podían provocar estos procesos de ejercicio de la crueldad y denegación un nuevo deseo de saber. Una revalorización ética y estética de la lucha contra el desconocimiento. Se vuelve a juzgar a los militares y ahora por lo que ocultaron y porque se ocultaron detrás de una legalidad cómplice.

Existe una renovada búsqueda ahora de parte de los hijos para conocer quiénes eran sus verdaderos padres. Los hijos son ahora los que siguen pensando e inventando nuevos modos de hacer posible la existencia sin el horror que comporta vivir en la desilusión para siempre como proponen los desencantados del posmodernismo autóctono que ▶



ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO



surgieron en los albores de las democracias de los '80.

Los Hijos y con ellos sus aliados (las Madres entre otras) muestran a todos los vecinos a través de carteles el lugar en que vive un torturador o un genocida y lo exponen al vejamen de tener que seguir conviviendo con ciudadanos que lo repudian y los aborrecen.

Se revitaliza el conflicto, se expande la subjetividad, se enfrenta la resignación, se desentristecen los cuerpos en un movimiento de lo social que no se puede resolver en la intimidad de un proceso individual analítico.

Lo intempestivo, lo inesperado, la brutalidad ya aconteció y continúa aconteciendo, el trabajo de entendimiento consiste en absorberlo de un modo que posibilite también la creación de nuevos territorios.

La condescendencia, el entibiamiento de las relaciones fue preparando el camino de un individualismo resignado. Si algún aporte hoy puede hacer el análisis y el trabajo en grupos o institucional, es volver a instalar el motor del conflicto, es crear condiciones para recuperar la capacidad de arriesgarse a hacer y a pensar.

A nuestra generación el mundo se nos ofreció tan próximo, tan sensual, tan suculento que parecía que la modernidad nos autorizaba a poseer la naturaleza y a intentar extraerle toda su potencia.

"A nuestra generación el mundo se nos ofreció tan próximo, tan sensual, tan suculento que parecía que la modernidad nos autorizaba a poseer la naturaleza y a intentar extraerle toda su potencia."

Hizo posible la idea del viaje, de la fiesta, del amor, del arte para todos no como una realidad pero sí como una meta. Ir hacia esa meta no precisaría de mediaciones divinas, de sacrificios religiosos, de confesiones y de castigos. Bastaba transitar un camino de libertad creciente de solidaridad, de alegría, para alejar las frustraciones y las impotencia que padecieron nuestros antepasados. Habíamos nacido después de la irracionalidad de la segunda guerra y del nazismo, y a excepción de algunos pocos, la humanidad ya había sentenciado al despotismo como un desastre y a la crueldad como inaceptable.

La enfermedad, el hambre, la privación son más evitables hoy que en cualquier otra época de la humanidad, y sin embargo siguen extendiéndose, sin que se visualice en el futuro nada que le ponga freno a esta proliferación de injusticia e iniquidad.

Para terminar, transcribiré algunos párrafos de un artículo que presenté en 1986 hace ya varios años en ocasión de una reunión en Brasil del grupo "Tortura nunca más", y que de un cierto modo se refieren a las relaciones entre la locura, la sociedad y el arte que aquí nos ocupan.

"Entre los griegos existía la bella muerte. Era aquella que el guerrero, todavía en su juventud, conquistaba en el campo de batalla. Su heroicidad y su belleza juvenil perduraban más allá de su muerte. Su cuerpo era venerado, era embellecido y se le otorgaban honras fúnebres que transformaban en bella su precoz muerte como bravo guerrero. El enemigo, en ciertos casos, no se contentaba con matar a su rival: destruía de diversas maneras su cadáver como un intento de exterminar toda belleza en esa muerte y en ese cuerpo. El ultraje de los cadáveres es una práctica que aparece en *La Ilíada* con frecuencia, lo que nos viene a develar el carácter monstruoso que acompaña, cada vez más, las prácticas guerreras y, al mismo tiempo, la inutilidad de este ultraje que no consigue acabar con la bella muerte, que los dioses protegerán a pesar de todo eternamente.

El desaparecimiento de los cuerpos, técnica de la llamada guerra antisubversiva inaugurada en este último decenio en Latinoamérica –solamente en Argentina son 30.000 los cuerpos desaparecidos entre adultos, jóvenes y niños–, parece ser la exasperación en que se cayó para acabar con la posibilidad de la bella muerte. Se intentó acabar hasta con la muerte, instalando el terror de la inquietud y el desconcierto sobre el destino de miles de hombres y mujeres. Intentábase con eso, no sólo castigar a los que combatían un régimen, sino aterrorizar a toda la sociedad civil."

Más adelante terminaba así refiriéndome a la actividad que en aquella época realizaban las Madres. "Ellas están ahí, con su presencia, su cuerpo de madres sin hijos. Eso basta y sobra para que todo el mundo sepa lo que pasó, desde que comenzó la primera ronda por la plaza. Sólo no ven los que no quieren, o los que para ver precisan de las prótesis del sistema, los jueces, los discursos, los medios de comunicación.

Podríamos decir que las Madres mantienen su locura en permanente estado naciente, no se la puede transformar en enfermedad mental. La práctica de estado que hace de la locura, el desvío o la desadaptación social una 'enfermedad mental' debe ser conjurada permanentemente.

Las Madres de la Plaza habitan un mundo de cuerpos, simplemente intensifican su accidente, expanden sus propiedades. Actuando así, ellas conjuran toda tentativa de psiquiatrización, no pretenden una respuesta personológica, ni una solución a sus conflictos subjetivos. Quieren lo que todos los 'normales' pregonan: verdad, justicia y sus hijos. Y esa prédica salpica a todos, produce un efecto de implicación que, en su efectividad, deja de lado la producción de todos los equipamientos de información y propaganda (televisión, diario, etc.).

¿Cuántas enseñanzas para una posible y futura práctica psicoterapéutica?

¿Cuándo los psi y sus clientes decidirán aventurarse fuera del campo calentito y mediocrizado de la subjetividad individual-familiarista?

Trabajar con los cuerpos, con los afectos, con los vecinos, con los simpatizantes, es el recado que nos da ese grupo. Trabajar con el grupo que va circulando, y cualquiera puede plegarse, expandir ese cuerpo-grupo, basta simpatizar, afectar, ser afectado. Sin bandera, sin programa, sin territorio, y con una potencia capaz de cuestionar todo un ejército de militares, políticos y empresarios del rigor y la obediencia. Se trata continuamente de una pragmática que hace saltar las máquinas de suspicacia, las máquinas metafóricas, los funcionamientos totalizantes. Hablan con las propias palabras, caminan con las propias piernas. Ese grupo no es un símbolo de resistencia a la dictadura como han querido interpretarlo por ahí. No existen símbolos, sólo existen cuerpos. Transformarlas en símbolo es un intento de estatizarlas, de detener su funcionamiento, de colocarlas en una cadena de significantes para captar su sentido.

La cuestión es funcionar para resistir, escapar continuamente a los lugares preparados, a los grupos preformados. Crear a partir del accidente nuevas y singulares formas de vida. No se trata de sólo ver cómo sobrevivir con el dolor y la amenaza.

"La cuestión es funcionar para resistir, escapar continuamente a los lugares preparados, a los grupos preformados. Crear a partir del accidente nuevas y singulares formas de vida."

Procuramos con estas palabras acoplarnos a ese funcionamiento singular e intransferible que un grupo de guerreros iniciaron en nuestro Cono Sur. Expandir este acontecimiento, de modo que contribuya a desarticular las diferentes formas que los totalitarismos y las potencias estatales inoculan en nuestros cuerpos: la obediencia, la resignación y la falsa esperanza."

* *Psicoanalista y docente en la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo.*